

EL AZÚCAR EN PUERTO RICO, SIGLO XIX: FUENTES Y PROBLEMAS

Astrid Cubano Iguina*

Durante la primera mitad del siglo XIX, Puerto Rico se convirtió en una colonia azucarera de importancia mundial. Para entonces, Puerto Rico y Cuba eran los últimos bastiones españoles en América. En las dos islas, el azúcar resurgiría para experimentar un espectacular despegue y cimentar la formación de capitales. En 1870 Puerto Rico era, después de Cuba, la mayor productora de azúcar del hemisferio occidental. Sus llanos costeros, extendidos al margen de numerosos ríos provenientes de la cordillera Central que atraviesa la isla de este a oeste, se aprovecharon intensamente para el cultivo de caña de azúcar. Con un área total de 3 350 millas cuadradas (2 082 kilómetros), o 8% del área total de Cuba, Puerto Rico producía, en 1848-1852, 16% del azúcar que producía Cuba.¹ Las cifras de producción azucarera en Puerto Rico menguaron durante las dos últimas décadas del siglo, cuando el café cultivado en las laderas de las montañas del interior centro-oeste de la isla, llegó a ser el principal producto de exportación. Aún así, seguía siendo el azúcar el sector más capitalizado de la economía insular y su primacía no tardó en restablecerse en los años inmediatamente posteriores al traspaso de Puerto Rico a Estados Unidos en 1898, en que se sumó el capital corporativo estadounidense fundamentalmente absentista, en forma sustancial.²

De las tres grandes etapas de la historia de Puerto Rico, en los cuales, el azúcar ha jugado un papel protagónico (la de la temprana colonia en el siglo XVI,

* Universidad de Puerto Rico

¹ Francisco A. Scarano, *Sugar and slavery in Puerto Rico. The plantation economy of Ponce, 1800-1850*, The University of Wisconsin Press, Madison, 1984.

² Para la continuidad de las fortunas forjadas en el azúcar, véase Juan Giusti Cordero, "Hacia otro 98: el 'grupo español' en Puerto Rico, 1890-1930 (azúcar, Banca y política)", *Revista del Centro de Investigaciones Históricas*, núm. 10, 1998, pp. 75-123.

la formativa de la industria moderna en el XIX y la de la gran inversión corporativa estadounidense del XX), la del siglo XIX tal vez represente la fase más definitoria de las fortunas familiares locales.

Los historiadores se han ocupado, con mayor o menor grado de precisión, de examinar y comentar el volumen y los valores de la exportación azucarera decimonónica, lo mismo que el rápido incremento del área cultivada de caña, recogidos en memorias oficiales (a falta de censos generales) y en las Balanzas Mercantiles que publicaba el gobierno español desde 1828.³ Se ha constatado además la importancia que tuvo para su desarrollo la llegada de los inmigrantes europeos procedentes ya directamente de España o de otros puntos de Europa y América. Se reconoce el papel crucial de las importaciones de esclavos africanos para el despegue azucarero de la primera mitad del XIX, aunque se constata que la abundante población campesina nativa constituyó antes una fuente de mano de obra fundamental. Se destacan las políticas liberales del gobierno español para derribar las más antiguas prácticas mercantilistas y fomentar la nueva economía de exportación, pero en este renglón, el liberalismo español quedó limitado por la necesidad de mantener, mediante tarifas aduaneras, el control de los mercados antillanos. Además, se destaca que el vínculo comercial de Puerto Rico con Estados Unidos, su principal mercado azucarero, se consolidó en el siglo XIX, mucho antes del cese de la dominación española.⁴

Los estudios sobre la historia del azúcar en Puerto Rico durante el siglo XIX, se intensificaron en tiempos no demasiado recientes. Cabe aclarar que el interés resurge, cuando ya la industria azucarera había dejado de jugar un papel primordial en la economía industrializada y urbana del Puerto Rico de finales de la década de 1970. Se abordó el tema del azúcar con una perspectiva regional y con

³ Para una útil síntesis de resultados, véase James L. Dietz, *Economic history of Puerto Rico. Institutional change and capitalist development*, Princeton University Press, Princeton, 1986. En cuanto a memorias, véase, por ejemplo, Pedro Tomás de Córdova, *Memorias geográficas, históricas, económicas y estadísticas de la isla de Puerto Rico*, 6 vols., 1831-33, reimpresión del Instituto de Cultura Puertorriqueña, San Juan, 1968; Darío de Ormaechea, "Memoria acerca de la agricultura, el comercio y las rentas internas de la isla de Puerto Rico" en Cayetano Coll y Toste (comp.), *Boletín Histórico de Puerto Rico*, vol. 2, pp. 226-264; Manuel Ubeda y Delgado, *Isla de Puerto Rico. Estudio histórico, geográfico y estadístico*, Tip. Boletín Mercantil, Puerto Rico, 1878. Para una de las más tempranas historias económicas, véase Edmundo D. Colón, *Datos sobre la agricultura de Puerto Rico antes de 1898*, Tip. Cantero Fernández y Co., San Juan, 1930.

⁴ Véase Francisco A. Scarano, *Sugar and slavery in Puerto Rico*; s.p.i., Scarano, (comp.), *Inmigración y clases sociales en el Puerto Rico del siglo XIX*, Ediciones Huracán, Río Piedras, 1981; Andrés Ramos Mattei, *La hacienda azucarera. Su crecimiento y crisis en Puerto Rico (siglo XIX)*, CEREP, San Juan, 1981; *Azúcar y esclavitud*, Universidad de Puerto Rico, Río Piedras, 1982; *La sociedad del azúcar en Puerto Rico, 1870-1910*, Universidad de Puerto Rico, Río Piedras, 1990; Jordi Maluquer de Motes, "El mercado colonial antillano en el siglo XIX" en Jordi Nadal y Gabriel Tortella (comps.), *Agricultura, comercio colonial y crecimiento económico en la España contemporánea*, Ariel, Barcelona, 1974. Para un trabajo más reciente, véase Gervasio Luis García, "Strangers in paradise? Puerto Rico en la correspondencia de los cónsules norteamericanos (1869-1900)", *Revista del Centro de Investigaciones Históricas*, núm. 9, 1997, pp. 27-55.

miras a reconstruir el universo social de una actividad económica que se sospechaba había marcado profundamente a la sociedad puertorriqueña, acelerando en forma notable la estratificación social del país y la formación de capitales nativos.⁵ Los enfoques eran más socioeconómicos que puramente económicos. Además de explorar las posibilidades de competitividad internacional de la industria del azúcar en la isla y la modernización de la tecnología para reducir costos (estimulada por la caída constante de los precios internacionales a lo largo del siglo XIX), se buscaba dilucidar la historia de las relaciones sociales: la de los trabajadores en la transición de la hacienda tradicional al “central” moderno⁶ y la de la formación de grupos empresariales en el nivel microhistórico. Muchas veces se abordó el tema desde el punto de mira de los debates académicos internacionales o cuando menos, caribeños, interesados en las economías azucareras esclavistas y postesclavistas. Pero también me parece pertinente apuntar, que esa mirada al pasado se fijaba en momentos de crecientes tensiones sociales en el país y en el marco de la quiebra del proyecto económico del Partido Popular Democrático que había llevado a Puerto Rico, durante las dos décadas precedentes (1950-1970), por la vía de la industrialización acelerada por medio del capital estadounidense y el crecimiento urbano.⁷

Aquella agenda historiográfica regional capturó la atención de los historiadores de los años ochenta, entre los que creo encontrarme, y generó proyectos de investigación, aunque hay que reconocer que el ritmo de producción historiográfica sobre temas azucareros ha disminuido de forma notable.⁸ Aun así, la tendencia al enfoque microhistórico sigue proporcionando oportunidades para poner a prueba nociones generales ya consagradas y sugerir variantes interpretativas.⁹

No han faltado desde el comienzo esfuerzos de síntesis en los abordajes microscópicos para poner la región en el contexto general. No se ha producido aún la historia general del azúcar del siglo XIX, pero hay reflexiones de síntesis en artícu-

⁵ Dos trabajos pioneros en este aspecto fueron el de Ramos Mattei, *La hacienda, op. cit.*, y Scarano (comp.), *Inmigración, op. cit.*

⁶ Gervasio García, *Primeros fermentos de la organización obrera en Puerto Rico, 1873-1898*, CEREP, San Juan, 1974.

⁷ Para un ensayo que relaciona la producción historiográfica con las circunstancias del Puerto Rico de los años setenta, véase María de los Ángeles Castro Arroyo, “De Salvador Brau hasta la ‘novísima’ historia: un replanteamiento y una crítica”, *Revista del Centro de Investigaciones Históricas*, núm. 4, 1988-1989, p. 11.

⁸ Véase Pedro L. San Miguel, *El mundo que creó el azúcar. Las haciendas de Vega Baja, 1800-1873*, Ediciones Huracán, Río Piedras, 1989; Astrid Cubano Iguina, *El hilo en el laberinto. Claves de la lucha política en Puerto Rico (siglo XIX)*, Ediciones Huracán, Río Piedras, 1990; Teresita Martínez Vergne, *Capitalism in colonial Puerto Rico: Central San Vicente in the late nineteenth century*, University Press of Florida, Gainesville, 1992.

⁹ Véase por ejemplo Juan Giusti Cordero, “Labor, ecology, and history in a caribbean sugar plantation region, 1770-1950”, tesis doctoral, State University of New York at Binghamton, 1994, y Luis Antonio Figueroa, “Facing freedom: the transition from slavery to free labor in Guayana, Puerto Rico, 1860-1898”, tesis doctoral, The University of Wisconsin, Madison, 1991.

los dispersos¹⁰ o incorporadas a libros de texto que, afortunadamente, llegan al sistema de educación secundaria y universitaria del país.¹¹

Visto el proceso de expansión azucarera en las llanuras de la franja costera insular (única zona apta para el cultivo de caña), sospecho que se alcanzó el límite de la capacidad de expansión significativa del área cultivada en Puerto Rico a la altura de 1870; esto sin perder de vista el punto de comparación que proporciona el modelo cubano de finales del XIX y comienzos del XX, con su disponibilidad de tierras relativamente inexploradas y su rápida expansión del área cañera del oeste hacia el este. Con ánimo comparativo he sostenido que el relativo retraso de Puerto Rico en transformar tanto la tecnología de procesamiento, como la del transporte del azúcar procesada al puerto de embarque mediante vías de ferrocarril, se explica por la incapacidad de incorporar terreno virgen de bajo costo, condición que en Cuba acompañó el desarrollo de la tecnología azucarera moderna. Las tierras nuevas hacían rentables altas inversiones en maquinaria (“centrales” azucareros) y vías férreas, considerando también, para concluir sobre la condición innecesaria de estas últimas, el emplazamiento de algunas haciendas en Puerto Rico (especialmente las de la región que he estudiado), agrupadas en ramillete en torno a un puerto costero, limitadas por la cordillera Central en el interior y con acceso a las márgenes de ríos facilitadores del transporte fluvial de distancia corta entre las haciendas y los puertos. No será hasta después de 1898 que Puerto Rico, convertido en colonia de Estados Unidos, tendrá acceso a una enorme inyección de capital para modernizar la maquinaria, el transporte y las fuentes de energía. Volverá la isla a la producción internacionalmente competitiva mediando las racionalidades no sólo económicas, sino políticas y estratégico-militares que irradiaban desde Washington.¹²

La región que he estudiado, y que será en adelante el eje de este ensayo, es la de Arecibo, en la costa norte de Puerto Rico. Si pensamos en la secuencia de la explotación azucarera decimonónica, la zona de Arecibo no fue la vanguardia del despegue azucarero esclavista, sino más bien la retaguardia. Las haciendas estaban

¹⁰ He intentado ese tipo de ejercicio en Astrid Cubano, “Cuba y Puerto Rico en la crisis del colonialismo español (1890-1898)” en Pedro Tedde (comp.), *Economía y colonias en la España del 98*, Editorial Síntesis, Madrid, 1999, pp. 221-232, y en “Sociedad e identidad nacional en Cuba y Puerto Rico: un acercamiento coparativo, 1868-1898”, *Revista del Centro de Investigaciones Históricas*, núm. 10, 1998, pp. 7-24.

¹¹ Fernando Picó, *Historia general de Puerto Rico*, Ediciones Huracán, Río Piedras, 1986; Blanca G. Silvertrini y María Dolores Luque de Sánchez, *Historia de Puerto Rico. Trayectoria de un pueblo*, Cultural Puertorriqueña, San Juan, 1987; Francisco A. Scarano, *Puerto Rico. Cinco siglos de Historia*, McGraw-Hill, Bogotá/México, 1993.

¹² No sorprende que la tierra haya sido factor escaso en esta etapa del azúcar, como demuestra el interesante ensayo de expansión del área cultivada de caña hacia la República Dominicana, mediante el establecimiento de un sistema de transporte marítimo regular y seguro por el estrecho canal que separa las islas. Véase Humberto García Muñiz, “The South Porto Rico Sugar Company: the history of a US sugar multinational in Puerto Rico and the Dominican Republic, 1900-1921”, tesis doctoral, Columbia University, 1997.

en pleno crecimiento horizontal en la década de 1860, al punto de que las sorprende la abolición de la esclavitud en 1873, con una dependencia del trabajo esclavo superior a la del resto de la isla; esto a pesar de que la importación de esclavos había cesado desde mediados de siglo, por lo que queda sugerido un tráfico interno de esclavos hacia Arecibo. Contrasta con la región de Ponce al sur, donde al parecer las posibilidades de expansión del área cultivada de caña habían cesado hacia la mitad del siglo, a la vez que la importación de esclavos africanos.¹³

Me interesé en la región de Arecibo con el fin de aclarar comportamientos políticos y rescatar las redes de relaciones sociales que les servían de escenario. Por ello me concentré primero en examinar a los comerciantes españoles de la región, en su papel destacado no sólo en la economía exportadora, sino en la vida política y social.¹⁴

La importancia del azúcar para la formación de la riqueza de la región, se reveló en los censos y las listas de los contribuyentes locales que se encuentran en el Archivo General de Puerto Rico (AGPR), Fondo de los Gobernadores. Lejos de constituir series completas, estas listas aparecen sobre años dispersos casi exclusivamente de la primera mitad del siglo XIX. Pero fueron suficientes para permitir una aproximación a los cambios en el uso de la tierra, a la composición de las elites económicas y al empleo de brazos de trabajo libres o esclavos. Con recursos similares, el trabajo de Scarano sobre Ponce me servía además de caso de comparación, aunque su extensión hasta 1850, cuando se completa la expansión territorial del área cultivada de caña y cesa la importación de esclavos, hace que se eche en falta un estudio detallado sobre las haciendas azucareras de Ponce en la segunda mitad del XIX.¹⁵

En lo que respecta a Arecibo, los cambios en el uso de la tierra de la segunda mitad del siglo, los tuve que reconstruir de forma muy imperfecta a través de los Protocolos de Notarios de Arecibo y las municipalidades vecinas, que se integraban en las redes comerciales arecibeñas (están igualmente en el AGPR). Estas fuentes me permitieron gradualmente reconstruir los procesos de expansión de las haciendas y la concentración de la tierra en manos de los propietarios criollos y extranjeros que, a lo largo de la primera mitad del siglo, se habían establecido en la zona. La crónica local de la época también ayudó a reconstruir las biografías, siempre fragmentarias, de los terratenientes y comerciantes que integraban esa elite propietaria.

¹³ Scarano, *Sugar, op. cit.*, Cubano Iguina, *El hilo, op. cit.*, basado en la tesis doctoral titulada "Trade and politics in nineteenth century Puerto Rico", Princeton University, 1988.

¹⁴ Astrid Cubano, "Comercio y hegemonía social en Puerto Rico: los comerciantes de Arecibo, 1857-1887", tesis de maestría, Departamento de Historia-Universidad de Puerto Rico, 1979.

¹⁵ Scarano, *Sugar, op. cit.* Además del trabajo de Ramos Mattei, *La hacienda, op. cit.*, basado en el caso de la hacienda Mercedita de la familia Serrallés de Ponce, las investigaciones de María Isabel Bonnin apuntan en esa dirección y comprueban el desplome de la producción en Ponce, en la década de 1870. Véase María Isabel Bonnin, "Los contratos de refacción y el decaimiento de la hacienda tradicional en Ponce: 1865-1880", *Revista del Centro de Investigaciones Históricas*, núm. 3, 1987-1988, pp. 123-150.

Algunos ángulos de la trama específica de la crisis de los precios del azúcar de la década de 1880 en Arecibo, quedan develados en los libros de contabilidad de la mayor firma exportadora, la casa Roses y Cía. Estos libros constituyen una de las pocas colecciones de libros de contabilidad del XIX en Puerto Rico¹⁶ y una valiosa fuente de información por el buen estado de conservación de series completas a partir de la década de 1870. Las cuentas corrientes del Libro Mayor contienen información detallada sobre transacciones, precios, endeudamiento y adquisición de maquinaria. La colección de Libros de Contabilidad de Roses y Cía, donada por los descendientes de la firma al Centro de Investigaciones Históricas y actualmente depositada en la Colección Puertorriqueña de la Universidad de Puerto Rico, ha sido poco aprovechada y todavía daría mucha información sobre la vida material de la zona, especialmente los libros diarios, que nunca han sido investigados por historiador alguno.

Lo que siempre me ha parecido interesante al observar los años que antecedieron a la toma de Puerto Rico por Estados Unidos, es que en la región de Arecibo, los comerciantes y dueños de haciendas implantaron lo que, me parece, eran prácticas empresariales dirigidas a conservar la propiedad de la tierra, con el convencimiento, basado en experiencias previas entre hacendados de la misma localidad, de los problemas de endeudamiento que se presentarían con firmas compradoras de azúcar del exterior.

Se conjugaron en la región de Arecibo estrategias de variada índole para implantar un proceso de modernización tecnológica parcial y paulatino, evitando comprometerse con pagos onerosos que pudiesen poner en estado precario el dominio de la tierra.¹⁷ Tal y como lo demuestra Andrés Ramos Mattei en sus estudios sobre la hacienda Mercedita de la familia Serrallés en Ponce, al sur de Puerto Rico, hubo haciendas tradicionales independientes capaces de afrontar airosoamente la crisis de los precios.¹⁸ En Arecibo hubo hacendados que redujeron el área cultivada de caña, presumiblemente manteniendo los predios más productivos, y que cambiaron a pastos de ganado los menos aptos o más desgastados. A la vez se especializaron en la venta de mieles para suministro de plantas locales productoras de ron, sentando las bases de una de las industrias más características de la zona. Sin embargo, lo cierto es que en Arecibo, al igual que poco antes en Ponce, la producción azucarera disminuyó.

Pero se observa también en la región de Arecibo que no faltaron los esfuerzos de otros-hacendados más emprendedores, o con mayores acopios de capital de

¹⁶ Destacan también los libros de contabilidad de la Hacienda Mercedita en Ponce que examinó Ramos Mattei para su obra *La hacienda, op. cit.*

¹⁷ Véase Astrid Cubano, "Sugar trade and economic elites in Puerto Rico: Response to the sugar crisis in the Arecibo region, 1878-1898", *Historia y Sociedad*, núm. 2, 1989, pp. 70-89.

¹⁸ Ramos Mattei, *La hacienda, op. cit.* No hay que olvidar, sin embargo, que el estudio de Bonnin, "Los contratos", *op. cit.*, comprueba el desplome de la producción azucarera en Ponce en la década de 1870.

inversión, para establecer modernos centrales. Una vez realizada la inversión en un central moderno, se presenta el cierre de molinos obsoletos y la transformación de otras haciendas vecinas (aunque a veces también distantes y conectadas por las nuevas vías de ferrocarril) en colonias proveedoras de caña. El paso de hacienda a colonia es otro interesante proceso que no se tradujo, al menos en lo inmediato, en movilización social descendente por parte de los hacendados convertidos en colonos. Puedo imaginar que la caña local se convertía, en esas circunstancias, en un bien relativamente escaso y necesario para mantener el central bien surtido y para funcionar al nivel más alto de su capacidad de molienda.

En definitiva, una de mis propuestas sería que la supuesta escasez de capital, que según los analistas liberales de la época limitó la competitividad internacional del azúcar de Puerto Rico, es sólo una cara de la moneda. Puerto Rico era un punto accesible y conocido del gran capital mundial. La otra cara de la moneda sería el argumento, también racional, de que el capital era escaso únicamente en la medida en que había resistencia local a perder la tierra en manos de firmas acreedoras internacionales. Hay varios ejemplos de cuentas corrientes de hacendados azucareros, en los Libros de Contabilidad de Roses y Cía., que evidencian la adaptación paulatina: la reducción del margen de ganancias, la compra gradual de nueva maquinaria y, en general, la estabilidad alcanzada.¹⁹

Otro punto que me ha parecido revelador de la zona de Arecibo, constatable en los Libros de Contabilidad de su mayor casa comercial, es la expansión del capital comercial hacia el café, precisamente en la década de 1870, cuando se alcanzaba el límite interior del cultivo cañero en las primeras estribaciones de la cordillera Central. Las montañas del oeste se estaban especializando en el café desde mediados de siglo y hacia allí se dirigía la inversión de los comerciantes exportadores, especialmente de los puertos del oeste y del sur de Puerto Rico. Esto ocurría en forma simultánea al descenso de los precios internacionales del azúcar y a la consecuente reducción de la capacidad de compra de los hacendados, de esclavos africanos de importación.²⁰ Las investigaciones de Laird Bergad, entre otros, sobre el despegue del café en Yauco y Lares, permitieron vislumbrar la compleja red de relaciones comerciales y sociales establecidas entre los puertos del oeste y la montaña cafetalera del interior. La ocupación de las tierras del interior por el cultivo comercial desplazó, posiblemente, campesinos de la zona interior oeste, vanguardia del *boom* cafetalero de la segunda mitad del XIX, y proporcionó brazos jornaleros. Se necesitan estudios sobre las haciendas azucareras supervivientes en esa región oeste (lo mismo que antes señalé para Ponce, al sur), en los tiempos de la crisis de los precios del azúcar de finales del siglo.

¹⁹ Cubano, *El hilo*, *op. cit.*, pp. 97-100.

²⁰ En el tema del café, dos trabajos influyentes han sido Laird W. Bergad, *Coffee and the growth of agrarian capitalism in nineteenth century Puerto Rico*, Princeton University Press, Princeton, 1983, y Fernando Picó, *Amargo café: los pequeños y medianos caficultores de Utuado en la segunda mitad del siglo XIX*, Ediciones Huracán, Río Piedras, 1981.

En lo que toca a Arecibo, la inversión de capital comercial hacia el interior (especialmente hacia el municipio de Utuado, en la frontera oriental de la expansión cafetalera por la cordillera Central) salvó a la elite comercial y la ayudó a tolerar las caídas de los precios del azúcar. Incluso, en el caso de los Roses, podemos observar que, a la vez que aumentaban sus ganancias en el café, en 1889 aprovecharon la ocasión para comprar una hacienda de azúcar vendida en pública subasta, pagando poco más de la mitad de su precio. La transformaron a finales de la década de 1890 en central productor de azúcar “centrífuga”, seguramente atentos a la caída de los precios del café que empezó a manifestarse en 1897 y dispuestos a cambiar sus inversiones al negocio del azúcar. En 1905 unieron sus propiedades azucareras a otras haciendas para fundar el moderno y competitivo central Cambalache, propiedad de una también recién fundada corporación local, con los Roses como mayores accionistas.²¹ En 1930, Cambalache era por su capacidad productiva, el cuarto central de la isla, figurando junto a los grandes centrales norteamericanos de Guánica y Fajardo y al poderoso central Aguirre. Así pues, la estrategia de diversificar inversiones ante la reconocida vulnerabilidad de los negocios exportadores, permitió a los Roses adaptarse a situaciones cambiantes, tanto económicas como políticas.

Un punto siempre problemático del estudio de la elite empresarial y sus prácticas en el siglo XIX, es el tema de las repatriaciones de ganancias a España. Una parte importante de esa elite era de origen español, según revelan estudios prosopográficos y testimonios de la época.²² Aunque el comportamiento era muy diverso, he podido comprobar en mis estudios sobre Arecibo, que algunos contraían matrimonio con mujeres de su mismo origen (o con hijas de españoles residentes en la colonia) y que se mantenían sentimental y culturalmente unidos a la metrópoli. Parece inevitable que esos socios (inmigrantes españoles y sucesivos parientes y sobrinos, incorporados a la casa comercial) trasladasen sus ganancias a bancos españoles y que volviesen a España después de varias décadas de trabajo en la colonia. Es imposible conocer el impacto de esa práctica en la economía colonial, en parte por lo difícil, si no imposible, de conocer el monto total de esas sumas. Los Libros de Contabilidad de Roses y Cía. registran pequeñas remesas de numerosas personas no identificadas (recogidas como “giros a varios”) en las cuentas de firmas comerciales de España. En el caso de la propia familia Roses y recogido de las cuentas corrientes de los socios de la firma, el monto de las remesas fue muy importante. Al morir en Puerto Rico uno de los socios fundadores, Miguel Roses, mallorquín casado con la hija de un comerciante catalán también radicado en la colonia, su viuda se estableció en Barcelona. Allí le enviaron, entre 1892 y 1895, el total de su participación en la firma ascendente a 195 231 pesos. De manera similar, el otro socio fundador, Antonio Roses, hizo trasladar su parte a

²¹ Cubano, *El hilo*, *op. cit.*, p. 143.

²² Ver por ejemplo, Bergad, *Coffee*, *op. cit.*

Barcelona. El total de transferencias de los socios retirados asciende a más de 380 000 pesos. La firma distribuyó, en el quinquenio de 1891-1896, un promedio de 272 585 pesos al año por concepto de ganancias. Tales remesas ascendían a bastante más de las ganancias de todo un año de operaciones.²³

Sin embargo, la nueva generación de mallorquines de Roses y Cía. se estableció en la isla de forma permanente, con la excepción de Lorenzo Roses, último en retornar a España, después de haber trasladado sus ganancias en 1898 a bancos de Mallorca, Barcelona y Londres. Los negocios azucareros de los sucesores de Roses y Cía. crecieron, como los de otros centralistas criollos y españoles que pudieron beneficiarse de las facilidades de crédito y mercado, disponibles después del traspaso de Puerto Rico a Estados Unidos. El caso de los Roses abre en este sentido una importante línea de análisis al ejemplificar, como lo he expresado en otro trabajo, la manera en que se levantó el muro de contención que habría de marcar los límites de la absorción de la isla por el gran capital de Estados Unidos y obligar a modificar gradualmente las condiciones de dominio del nuevo régimen estadounidense.²⁴

Puesto en forma resumida, las fuentes de investigación que he empleado para reconstruir, a falta de recursos más completos, algunos aspectos del mundo del azúcar en el siglo XIX, no rinden mucho más que una serie de propuestas acaso provisionales e inciertas. Compensa con creces, sin embargo, la enorme y variada gama de temas que permiten abordar y la profundidad del abordaje que hacen posible. Creo que un sugestivo conjunto de fragmentos microscópicos de información, emplazados en una interpretación contextual, puede aproximarnos a la experiencia empresarial como pocos otros recursos y sugerir respuestas a algunas de las cuestiones más fundamentales de la historia del azúcar en Puerto Rico.

²³ Cubano Iguina, *El hilo*, op. cit., pp. 133-134.

²⁴ Astrid Cubano Iguina, *Un puente entre Mallorca y Puerto Rico: la emigración de Sóller (1830-1930)*, Fundación Archivo de Indianos, Colombres, Asturias, 1993, p. 156.

MAPA 1. PUERTO RICO
ALGUNOS MUNICIPIOS SELECCIONADOS

